

CAPÍTULO 4

**La vocación
como servicio**

La vida como vocación y servicio

Entender la vida humana como una vocación implica reconocer no solo la creación como un don de Dios, sino también comprender su llamado y la necesidad de vivir en su amor, misericordia y, especialmente, en comunión. Desde su creación, el ser humano está invitado a vivir en relación con Dios, a reconocer en la creación su imagen y semejanza, y a dedicar sus manos laboriosas al servicio del mundo. Esta vocación se expresa en la libertad del amor: Dios nos llama, pero respeta nuestra libertad para responderle. Cada persona está llamada a descubrir su propia vocación, su camino único en la vida, aquello para lo que ha sido creada (Juan Pablo II, 2001).

La vocación humana tiene una dimensión comunitaria. El ser humano está llamado a vivir en relación con los demás, a ser un instrumento de amor y de servicio en el mundo. El servicio es una expresión fundamental de la vocación humana: cuando servimos a los demás, estamos respondiendo al llamado de Dios a amar. El servicio nos permite crecer como personas, descubrir el sentido de nuestra vida y contribuir a la construcción de un mundo más justo y solidario (Juan Pablo II, 2001).

Asumir la vida humana como un don de Dios implica reconocerla como una oportunidad para amar y servir. Vivir nuestra vocación al servicio significa cumplir con el propósito esencial de nuestra existencia. Considerar la vida como una vocación —un llamado a amar y servir— permite dotarla de sentido y propósito. Cuando entendemos la vida como un don, asumimos la responsabilidad de cuidarla y emplearla para hacer el bien en el mundo. El amor constituye la esencia de la vocación humana, siendo el impulso que nos conecta con los demás y nos permite construir relaciones significativas (Juan Pablo II, 2001).

Para el papa Juan Pablo II (2001), cuando vivimos en el amor, nos liberamos de la esclavitud del egoísmo y de la indiferencia. La renovación espiritual del ser humano se manifiesta cuando sigue el camino de “amarse mutuamente, así como yo os he amado” (Juan 15,12), tal como se revela en la Escritura: “el que no naciere de nuevo no puede ver el Reino de Dios [...]; el que no naciere del agua y del Espíritu no puede entrar en el Reino de Dios” (Juan 3,3.5). Puede sostenerse que el amor es, en cierto sentido, el ADN de los hijos de Dios; constituye la “vocación sagrada” con la cual hemos sido llamados “según su propósito y gracia, gracia que nos fue otorgada en

Cristo Jesús antes de los tiempos eternos y que se manifiesta ahora con la aparición de nuestro Salvador, Jesucristo” (2 Timoteo 1,9-10).

En este sentido, resulta fundamental profundizar en la vida de algunos personajes que han servido como modelo y guía al manifestar su vocación y servicio a los demás, entregando su vida al propósito de amar y transformar su entorno. Entre ellos destacan Jesús, como Maestro y Buen Pastor; san Juan Bosco, padre y maestro de la juventud, y santa María Dominga Mazzarello, fundadora de las Hijas de María Auxiliadora. Asimismo, el pensamiento humanista de san Juan Pablo II, las ideas de monseñor Leonidas Proaño sobre la vocación hacia el otro desde una perspectiva de interculturalidad, y la entrega total del padre Carlos Crespi a su comunidad constituyen ejemplos elocuentes de esta vocación vivida en plenitud.

Jesús, Maestro y Buen Pastor

Jesús es el modelo perfecto de maestro; no solo se acercó a los más necesitados con amor, comprensión y respeto, sino que también tuvo la paciencia de enseñar y predicar a quienes estaban dispuestos a escuchar la Palabra de Dios. Como Buen Pastor, estuvo siempre disponible para salir al encuentro de los pobres, abandonados y desprotegidos. Este gesto de cercanía con el necesitado no solo refleja amor y misericordia, sino también un profundo reconocimiento de la dignidad de cada persona, independientemente de su situación social o económica (Abreu, 2021).

Jesús fue un maestro de vida que, con su ejemplo y acción, acompañó a los más vulnerables, considerándolos personas valiosas con gran potencial. Su guía los encaminaba hacia la salvación, destacando la importancia de caminar junto a ellos en este proceso (Méndez Reyes *et al.*, 2024).

Él se presenta como el Profeta supremo; a diferencia de los profetas del Antiguo Testamento, a través de los cuales Dios se comunicaba de diversas maneras con su pueblo (cf. Hebreos 1,1), Jesús **encarna** la Palabra divina, la comunicación definitiva de Dios con toda la humanidad (Attard, 2014).

En la Primera carta de Juan se proclama que el amor de Dios se ha manifestado de manera plena y definitiva en Jesucristo, quien es la Palabra de Dios y la expresión más clara de su amor. Este pasaje bíblico afirma: “Desde el principio, lo oímos, lo vimos con nuestros propios ojos, lo contemplamos y tocamos en relación con la Palabra de la vida. La Vida

se hizo visible; damos testimonio y anunciamos la vida eterna junto al Padre. Compartimos lo que hemos visto y oído” (1 Jn 1,1-3a).

En este sentido, el amor de Jesucristo es incondicional, incluso hacia quienes podrían considerarse indignos de recibirlo. Este amor se revela en el perdón de los pecados y en el don de la vida eterna. Él encarna el amor divino que conduce a la salvación, manifestando una atención especial hacia los marginados. Su compasión abarca a los más pobres, a los enfermos (Attard, 2014) y a quienes se encontraban alejados de Dios, incluidos todos los pecadores. Asimismo, demuestra su amor absoluto hacia los niños, afirmando: “En verdad os digo que quien no reciba el Reino de Dios como un niño, no entrará en él” (Mc 10,15).

Jesús se presentó a sí mismo como el Buen Pastor, quien cuida y protege a sus ovejas. Es manso y misericordioso, dispuesto a dar su vida por ellas (Mt 18,12-14; Lc 15,4-7; Jn 10,1-8). Como Buen Pastor, manifiesta una preocupación misionera, deseando que todos conozcan el amor de Dios, lo cual implicó llevar el mensaje del Padre a todos (Lc 4,43-44). Por esta razón, Él sale a buscar a las ovejas perdidas y las trae de regreso al rebaño.

Como maestro, Jesús nos enseñó a amar y perdonar a pobres, ricos, excluidos y pecadores. No solo se contentó con explicar el Evangelio, sino que lo hizo su misión. Fue un gran maestro itinerante: iba de aldea en aldea, de sinagoga en sinagoga, compartiendo sus enseñanzas con todos los que quisieran escucharlo. Una de sus formas preferidas de enseñanza era el diálogo. Jesús era un maestro hábil que utilizaba diversas metodologías pedagógicas para captar la atención de sus oyentes (Bravo, 2010).

Las enseñanzas de Jesús provocaron una transformación tanto material como espiritual. Aquellos que escucharon sus palabras se convirtieron al Evangelio y se comprometieron a llevar el mensaje del Reino de Dios. Entre ellos se encontraban sus discípulos, las multitudes, figuras importantes de su pueblo, mujeres, ancianos, enfermos y desposeídos. Jesús fue un maestro único, cuyas enseñanzas eran a la vez sencillas y directas, pero también profundas y reveladoras. Él enseñaba desde su propia experiencia, fundamentada en su amor al Padre y al Espíritu Santo (Bravo, 2010).

Don Bosco: padre y maestro de la juventud

Don Bosco (1815-1888), educador y sacerdote italiano, se dedicó a la formación de jóvenes en situación de precariedad. Su método educativo,

basado en la razón, la religión y la *amorevolezza* (amor), buscaba transformar la vida de los jóvenes, ayudándolos a desarrollar su potencial y a encontrar su lugar en la sociedad (Méndez Reyes *et al.*, 2024).

Don Bosco sintió el llamado de Dios para salvar a los jóvenes, especialmente a los más pobres, como lo reveló su sueño a los nueve años. Para cumplir con esta misión, desarrolló un sistema educativo y pastoral conocido como el Sistema Preventivo. Este sistema se fundamenta en la caridad pastoral: un amor incondicional y paciente que se entrega generosamente a los jóvenes (Attard, 2014).

Inspirado por la imagen del Buen Pastor, Don Bosco reconoció en Jesús el modelo perfecto de educador, al acercarse a los jóvenes con amor, comprensión y respeto. Su Sistema Preventivo se basa en la figura de Jesús como maestro (Méndez Reyes *et al.*, 2024). De este modo, Don Bosco se erigió en un *Buen Pastor*, saliendo al encuentro de los jóvenes, especialmente de aquellos más desfavorecidos, abandonados y desprotegidos (Attard, 2014).

En efecto, Don Bosco fundamentó su espiritualidad en la figura del Buen Pastor, viéndolo como un modelo pedagógico que refleja una preocupación constante por el crecimiento y el cuidado de sus ovejas, sin olvidar a las más necesitadas (Méndez Reyes *et al.*, 2024). Así, el otro se convierte en una oportunidad para crecer y desarrollar todas sus potencialidades, tanto espirituales como físicas e intelectuales, en el marco de su proyecto de vida (Duarte Mogollón, 2015).

Don Bosco (2004) mostró una profunda preocupación por los más necesitados, especialmente por los jóvenes excluidos. En ellos vio el rostro de Cristo y sintió la necesidad de brindarles todo el apoyo posible para que pudieran salir de la pobreza y del abandono en que se encontraban (Méndez Reyes, 2021). Esta preocupación fue la base de su postura teológica cristiana, que lo llevó a ver a los jóvenes como seres humanos con dignidad y potencial. Don Bosco creía que todos los jóvenes, sin importar su condición social, merecían la oportunidad de desarrollarse plenamente (Méndez Reyes, 2021).

Por ello, fundó oratorios para jóvenes, donde podían recibir educación, formación y recreación. Además, acompañó personalmente a sus jóvenes, brindándoles apoyo moral y espiritual. Así, su Sistema Preventivo, impulsado por su fe y amor al prójimo, sigue siendo una referencia fundamental para toda la congregación salesiana (Méndez Reyes, 2022).

Es en el Sistema Preventivo de Don Bosco (2004) donde encontramos una propuesta educativa que también se basa en el principio de la alteridad y el cuidado de sí. El otro se refleja en el joven, especialmente en el más necesitado (Duarte Mogollón, 2015). Es decir, para Don Bosco (1884), el otro es aquel que requiere de la gracia de Dios y del cuidado de un sistema educativo centrado en la prevención. Con este propósito, ideó las bases para desarrollar un ambiente educativo que fortaleciera el desarrollo integral de los jóvenes, conocido como el oratorio (Méndez Reyes *et al.*, 2024).

El oratorio salesiano es una propuesta educativa vigente, inspirada en la experiencia de Don Bosco con los jóvenes de Turín. En la actualidad, sigue siendo una oportunidad de formación que permite a los jóvenes crecer y desarrollarse de manera integral, trascendiendo el simple proceso de enseñanza-aprendizaje (Méndez Reyes *et al.*, 2024).

Para García Morcuende (2015), el oratorio, en la tradición de Don Bosco, representa el símbolo central de cada obra salesiana. Se concibe como un espacio acogedor y familiar, que simboliza una casa; impregnado de alegría, caracterizado por el patio; donde los jóvenes pueden desarrollar sus habilidades, funcionando como una escuela, y, al mismo tiempo, sirviendo como una parroquia, guiando a todos en un camino claro de fe (Méndez Reyes *et al.*, 2024).

El Sistema Preventivo ha inspirado a muchas personas y grupos a trabajar por la juventud. Es la fuente de la Pastoral Juvenil Salesiana, que constituye una forma concreta de vivir y actuar la misión salesiana (Attard, 2014).

El legado de Don Bosco sigue siendo un ejemplo para todos los educadores que trabajan por la transformación social. Su método educativo, basado en el amor y la comprensión, continúa inspirando a quienes creen en el poder de la educación para cambiar el mundo (Méndez Reyes, 2022). Finalmente, en una carta dirigida en 1988 al rector mayor de la Sociedad Salesiana de San Juan Bosco, Egidio Viganò, san Juan Pablo II reconoce la importancia de la obra de Don Bosco. El Papa destaca la relevancia de los principios del santo para la educación de los jóvenes y subraya la influencia que tuvo en la Iglesia católica. Lo proclama como “Padre y Maestro de la Juventud”, un título que refleja su trascendental rol como educador y modelo para las nuevas generaciones (Juan Pablo II, 1988).

Profundización

Para una aproximación audiovisual, puede consultarse el video *Yo soy el buen pastor*. El buen pastor da la vida por sus ovejas (Juan 10, 11-18), disponible en YouTube: <https://acortar.link/eoCpdS/>

Asimismo, se recomienda ampliar la lectura con el documento *Sistema Preventivo. Un sistema pedagógico propio*, disponible en <https://acortar.link/bFEzEK/>

María Mazzarello: fundadora de las Hijas de María Auxiliadora

María Dominga Mazzarello (1837-1881), educadora italiana, desarrolló un método particular que le permitió transmitir valores con claridad y coherencia. Su personalidad se caracterizaba por la bondad, la maternidad espiritual y una profunda vocación pedagógica y religiosa. Su empatía y dulzura la convertían en una persona encantadora, capaz de atraer a las jóvenes. Impulsada por su vocación religiosa y educativa, dedicó su vida a la formación de niñas y jóvenes, siguiendo el modelo de Don Bosco (Don Bosco Argentina, s. f.).

Formó parte de un grupo de jóvenes mujeres en Mornese (Alessandria) que fundaron las Hijas de María Inmaculada (FMI). Este grupo, y en particular María Mazzarello, promovió una pedagogía del amor que, desde sus inicios, se destacó por la acogida y atención a las jóvenes abandonadas. Este enfoque educativo se centraba en establecer relaciones positivas y respetuosas con las jóvenes, basadas en el afecto y los consejos, lo que les permitía una formación sólida en valores (Don Bosco Argentina, s. f.).

Don Bosco, a través de don Pestarino, conoció a las Hijas de María Inmaculada (FMI) y reconoció la conexión de María Mazzarello con su Sistema Preventivo, percibiéndola como una mujer capaz de interpretar su método educativo de manera femenina. En 1872, las FMI se trasladaron al colegio de Mornese, donde fundaron el Instituto de las Hijas de María Auxiliadora (FMA). En esta nueva comunidad, María Mazzarello, como superiora, continuó promoviendo un estilo de relación basado en la confianza y la familiaridad (Don Bosco Argentina, s. f.).

Don Bosco fundó el Instituto de las Hijas de María Auxiliadora (FMA) en respuesta a las necesidades de las jóvenes de su tiempo.

El carisma salesiano se fundamenta en la caridad de Cristo, el Buen Pastor, y se expresa a través de los principios educativos de prevención, educación integral, amistad y acompañamiento, así como del estímulo de la creatividad. Motivado por su fe y amor a los jóvenes, decidió fundar esta congregación religiosa con el objetivo de educar a las niñas. Esta decisión estuvo influenciada por la situación de abandono y pobreza en que vivían muchas de ellas, su contacto con diversas congregaciones religiosas, el apoyo del papa Pío IX, sus sueños y visiones, y su profunda devoción a la Virgen María (Jayapalan, 2020).

Dos propósitos distintos se unieron en un mismo ideal: establecer una familia religiosa para chicas y jóvenes, similar a la de los Salesianos, con un nuevo carisma educativo en la Iglesia. Don Bosco seleccionó a las Hijas de la Inmaculada de Mornese para la fundación, con María Dominga Mazzarello como cofundadora, contribuyendo al desarrollo de la nueva institución, denominada Hijas de María Auxiliadora (Don Bosco Argentina, s. f.).

En este sentido, María Mazzarello, a través de su método educativo que combinaba dulzura, amabilidad y respeto por las jóvenes con firmeza, autoridad y exigencia de obediencia, hizo una valiosa contribución al Sistema Preventivo de Don Bosco. Creía firmemente que todas las personas, independientemente de su condición social o económica, tienen el potencial de crecer y desarrollarse.

Por esta razón, su enfoque educativo se centraba en acompañar a las jóvenes en el desarrollo de sus capacidades, brindándoles una formación integral. El legado de María Mazzarello perdura hasta hoy, ya que las FMA continúan trabajando en la educación de niñas y jóvenes, ayudándolas a crecer como personas y a contribuir a la construcción de una nueva sociedad (Don Bosco Argentina, s. f.).

Profundización

Para conocer más sobre la vida y espiritualidad de Santa María Dominga Mazzarello, se proponen los siguientes recursos. El video *Santa María Dominga Mazzarello, fundadora de las Hijas de María Auxiliadora* presenta de forma amena y visual su testimonio de fe, entrega y liderazgo en la misión salesiana. Disponible en <https://acortar.link/ecdMOP/>

Como complemento, la lectura *El Sistema Preventivo vivido por María Mazzarello: síntesis de bondad y firmeza* (<https://acortar.link/Hnm766>) profundiza en cómo ella encarnó este método educativo desde una pedagogía del amor, la vigilancia y la razón.

Compromiso personal al servicio de la sociedad

La sociedad moderna presenta un entorno cada vez más complejo y desafiante. Las estructuras políticas, culturales, económicas y tecnológicas que la configuran tienden a ser impersonales y deshumanizadas, lo que resalta la necesidad urgente de un compromiso personal al servicio de la sociedad (Juan Pablo II, 2000).

En este escenario, la Iglesia tiene la misión de respetar la autonomía de las realidades terrenas, sin renunciar a proclamar con eficacia los valores éticos que deben orientarlas. La prioridad de la ética sobre la técnica, la primacía de la persona sobre las cosas y la superioridad del espíritu sobre la materia son principios esenciales que deben inspirar nuestro compromiso social (Juan Pablo II, 2000).

Solo a través del compromiso que asumamos al servicio de la sociedad —inspirado en principios éticos que prioricen los valores sobre la técnica, la condición humana sobre las cosas materiales y la trascendencia del espíritu sobre los límites corporales— será posible contribuir a la construcción de una nueva sociedad, en la que la creación, que “anhela con intensidad la manifestación de los hijos de Dios” (Rm 8, 19), alcance su plena realización.

En la práctica, este compromiso personal al servicio de la sociedad puede manifestarse de diversas maneras: participando en organizaciones sociales o comunitarias, promoviendo la justicia y la paz, o simplemente siendo ciudadanos y vecinos ejemplares. Cada uno de nosotros tiene algo valioso que aportar para el bien común (Juan Pablo II, 2000). Este compromiso activo es, en muchos aspectos, una respuesta a la exhortación del apóstol san Pablo, quien señala que la patria definitiva de los cristianos está en el cielo. Sin embargo, esto no implica una espera pasiva, sino un compromiso activo en la construcción de un mundo más solidario, ya que esa es la voluntad de Dios (Juan Pablo II, 2000).

En su carta a los Gálatas, Pablo lo expresa con claridad: “No nos cansemos de obrar el bien; pues, si no desfallecemos, a su tiempo nos vendrá la cosecha. Así que, mientras tengamos oportunidad, hagamos el bien a todos, pero especialmente a nuestros hermanos en la fe” (Ga 6,9-

10). Esta exhortación se fundamenta en la convicción de que, aunque la humanidad está arraigada en la tierra, también se orienta hacia lo infinito y la eternidad. Como criaturas de Dios, estamos llamados a alcanzar la vida plena en Él (Juan Pablo II, 2000). Este llamado a la trascendencia y al cumplimiento del bien refleja la profunda conexión entre nuestra naturaleza humana y el aliento divino que nos impulsa a superar nuestros límites terrenales.

El relato de la creación en el Génesis revela la dualidad de la naturaleza humana: por un lado, somos polvo de la tierra; pero por otro, somos aliento de vida que nos une con Dios. Este aliento nos impulsa a ir más allá de nuestra existencia material, invitándonos a buscar la plenitud en el amor de Dios (Juan Pablo II, 2000).

De esta manera, nuestro compromiso con la sociedad no solo busca mejorar el mundo presente, sino también responder a la vocación más profunda que nos conecta con lo divino y nos llama a un bien más grande.

Cada uno de nosotros tiene la capacidad de contribuir a mejorar el mundo. Podemos comenzar por transformar nuestras propias vidas, viviendo según los valores que consideramos esenciales. Al hacerlo, también podemos inspirar a otros a comprometerse con la sociedad, compartiendo nuestras ideas y acciones (Juan Pablo II, 2000).

El compromiso personal al servicio de la sociedad es, sin duda, una tarea desafiante, pero a su vez profundamente gratificante. Al comprometernos con los demás, no solo contribuimos a vivir dignamente, sino que respondemos al llamado divino, a ser hijos e hijas de Dios en el mundo.

San Juan Pablo II: el Papa de la juventud

Juan Pablo II, Karol Józef Wojtyła (1920-2005), fue el papa número 264 de la Iglesia católica, y su pontificado (1978-2005) fue uno de los más largos de la historia. Nacido en Polonia, se destacó por su profunda fe y carisma. Su papado estuvo marcado por una firme defensa de los derechos humanos, un sólido compromiso con la paz y una notable apertura al diálogo interreligioso. Fue un papa viajero, realizando más de cien viajes apostólicos fuera de Italia. Además, fue un prolífico escritor, publicando 14 encíclicas, 15 exhortaciones apostólicas y 11 constituciones apostólicas. Fue canonizado en 2014 y es considerado uno de los papas más influyentes de la historia, conocido también como el “Papa de la juventud” por su cercanía y dedicación a los jóvenes.

En efecto, para san Juan Pablo II (1985), la Iglesia considera que la juventud es una etapa fundamental en la vida de cada ser humano. Los jóvenes son el futuro de las naciones, de las sociedades, de las familias y de la humanidad en su conjunto. Todos los seres humanos miramos a los jóvenes con admiración y esperanza, pues nos inspiran a revivir nuestra propia juventud. La juventud no es un bien exclusivo de una generación, sino que es un patrimonio de toda la humanidad.

Los jóvenes son la esperanza del mundo, pues representan el futuro. La esperanza siempre está ligada al porvenir: es la expectativa de los bienes que vendrán. Como virtud cristiana, la esperanza se orienta hacia la espera de los bienes eternos que Dios ha prometido a los hombres en Jesucristo, como se expresa en las Escrituras (cf. Rm 8,19,21; Ef 4,4; Flp 3,10-11; Tt 3,7; Hb 7,19; 1 P 1,13). A la vez, la esperanza es también la espera de los bienes que los hombres construirán utilizando los talentos que Dios les ha dado (Juan Pablo II, 1985).

En este sentido, el futuro corresponde a los jóvenes, tal como en su momento lo fue para las generaciones adultas. Mientras que los adultos asumen la responsabilidad del presente, configurando su vida de manera organizada, a los jóvenes les compete la responsabilidad de lo que en el futuro se convertirá en presente, al ser protagonistas de esa transformación (Juan Pablo II, 1985).

Juan Pablo II (1985) consideró a los jóvenes como el futuro de la humanidad, tanto en un sentido temporal como moral. En el sentido temporal, los jóvenes están llamados a construir el mundo del mañana. En el sentido moral, tienen la responsabilidad de actuar de acuerdo con los valores de la justicia, la paz y el amor.

Esta responsabilidad moral es la dimensión propia de la esperanza cristiana y humana. La esperanza es la confianza en que el futuro será mejor, y los jóvenes son quienes tienen el poder de hacer realidad esa esperanza. En esta dimensión, la Iglesia pide a los jóvenes que estén siempre preparados para dar razón de su esperanza. Esto significa que deben ser capaces de explicar por qué creen en un futuro mejor y por qué están comprometidos con la construcción de ese futuro. La Iglesia cree que los jóvenes tienen el potencial de cambiar el mundo. Por eso, los anima a vivir su esperanza con valentía y determinación (Juan Pablo II, 1985).

La Iglesia, al ver en los jóvenes la semilla de la esperanza, los considera un signo de unidad y de futuro para la humanidad. Por ello, es

fundamental apoyarlos en su misión de llevar el amor de Dios a todos por igual (Juan Pablo II, 1985).

Los jóvenes, llamados por la Iglesia a ser puentes entre las diferentes religiones, pueden desempeñar un papel fundamental en la sociedad. Al fomentar el diálogo interreligioso, contribuyen a superar divisiones y a construir un futuro mejor para todos.

Juan Pablo II instó a los jóvenes a ser protagonistas de su fe, invitándolos a vivirla de manera coherente y a dar razón de su esperanza. El Papa los alentó a asumir sus responsabilidades y a ser agentes de cambio, confiando en su capacidad para transformar el mundo. Lo expresó claramente: “En vosotros depende el final de este milenio y el comienzo del nuevo” (Juan Pablo II, 1985).

Profundización

Para acercarse a la figura de San Juan Pablo II, especialmente en su relación con los jóvenes, se invita a revisar los siguientes recursos. El video *Juan Pablo II: El Papa y los jóvenes* muestra su carisma, cercanía y el papel clave que dio a la juventud en la vida de la Iglesia. Disponible en <https://acortar.link/Sshdxl/>

La lectura *Su santidad Juan Pablo II: breve biografía* (<https://acortar.link/5zhXLB>) complementa esta visión con una síntesis clara de su vida, enseñanzas y legado espiritual.

Monseñor Leonidas Proaño: profeta de la interculturalidad y la justicia social

Monseñor Leonidas Proaño Villalba (1910-1988) fue un referente indiscutible en la lucha por la justicia social en Ecuador y América Latina. Su legado se fundamenta en la incansable defensa de los derechos de los pueblos indígenas y su compromiso con los más necesitados. Su profunda fe y su visión de una Iglesia comprometida con la transformación social lo convirtieron en un símbolo de esperanza para millones (Arteño *et al.*, 2019).

El título de “Obispo de los pobres” representa un reconocimiento a su papel como defensor incansable de los más vulnerables. Su empeño en promover la superación personal, su compromiso con la verdad y la liberación, reflejan una profunda adhesión a valores éticos y espirituales. En un contexto histórico donde los derechos humanos de los marginados carecían de amplio

reconocimiento, monseñor Proaño destacó por su firme defensa de estas causas, demostrando una visión audaz y progresista (Arteño *et al.*, 2019).

Proaño, nacido en un modesto hogar campesino, se convirtió en un incansable defensor de los derechos de los pueblos indígenas. Su profunda comprensión de la necesidad de un pensamiento intercultural lo condujo a desarrollar una propuesta de liberación fundamentada en el amor y el respeto por la diversidad cultural. Una de sus primeras acciones como obispo de Riobamba fue la entrega de las haciendas de la diócesis a los indígenas. No concebía la parcelación de la tierra como una simple distribución de pequeñas porciones, sino como un acto de justicia social que debía realizarse en el marco de una organización cooperativa (Oviedo, 2019).

Otra de sus iniciativas fue la creación de las Escuelas Radiofónicas Populares del Ecuador (ERPE), con las que fomentó la educación y la organización de los pueblos indígenas. Estas instituciones utilizaban la radio para llevar educación a las comunidades más remotas y se fundamentaban en un modelo pedagógico intercultural que respetaba las tradiciones y la lengua de los estudiantes (Oviedo, 2019).

Monseñor Proaño fue uno de los fundadores de la Comisión de Derechos Humanos del Ecuador en 1976. En reconocimiento a su labor, en 1982 recibió el Premio de Derechos Humanos de las Naciones Unidas. Su obra se destaca como ejemplo de la puesta en práctica de la interculturalidad al servicio de la justicia social. Su lucha por los derechos de los pueblos indígenas continúa siendo una fuente de inspiración para quienes trabajan por un mundo más equitativo y solidario (Oviedo, 2019).

Desde su pedagogía de la liberación intercultural, monseñor Proaño desarrolló un sistema educativo basado en el respeto a la diversidad cultural y en el desarrollo de la conciencia crítica de los estudiantes. Cuestionó la educación tradicional, que consideraba una forma de dominación que perpetuaba la desigualdad. Por ello, propuso una educación que permitiera a los estudiantes pensar por sí mismos y actuar para transformar su realidad (Oviedo, 2019).

La propuesta didáctica de Proaño se fundamentaba en el método “ver, juzgar y actuar”, adoptado del enfoque de planificación pastoral de la Juventud Obrera Cristiana (JOC). Este método promueve que los estudiantes reflexionen críticamente sobre su entorno, lo evalúen a la luz de los valores cristianos y actúen para transformarlo. En la práctica, su propuesta educativa priorizaba la alfabetización y la aritmética en

kichwa y español, complementadas con cursos prácticos sobre agricultura, mejoramiento del hogar, cuidado infantil, higiene, deportes y actividades recreativas. Estas temáticas respondían a las necesidades concretas de las comunidades indígenas, ayudando a los estudiantes a desarrollar habilidades útiles para mejorar su calidad de vida. Asimismo, su iniciativa promovía la participación activa de las comunidades en la construcción de su propia realidad (Oviedo, 2019).

Los aportes de Proaño en materia de derechos culturales son fundamentales para los pueblos indígenas del Ecuador. Es considerado uno de los pioneros en este ámbito, al sentar las bases para el reconocimiento del sistema de educación intercultural bilingüe y del Modelo del Sistema de Educación Intercultural Bilingüe (MOSEIB), consolidado luego como política educativa estatal. Este sistema garantiza a los pueblos indígenas el derecho a estudiar en su lengua materna y a utilizar el español como idioma de relación intercultural. Representa un ejemplo de cómo la interculturalidad puede contribuir a construir una sociedad pluricultural y decolonial (Oviedo, 2019).

En este sentido, la propuesta de Proaño desde la interculturalidad no solo representa un avance para la educación ecuatoriana, sino también se constituye en la vanguardia del pensamiento crítico y decolonial en la educación latinoamericana. Para él, la educación tradicional, cimentada en el elitismo, el racismo y el sexismo, ha contribuido a perpetuar las desigualdades sociales. Este tipo de educación menosprecia el arte, la ciencia social y la formación cultural de los pueblos, sin fomentar el pensamiento crítico. Su propuesta emerge como un contrapeso a estas dinámicas, abriendo camino hacia una educación más inclusiva y liberadora (Oviedo, 2019).

La interculturalidad juega un papel esencial en el respeto a la diversidad cultural y lingüística. La filosofía del Buen Vivir aporta elementos clave para un proyecto alternativo de sociedad, centrado en la armonía entre la naturaleza y la humanidad, y promotor de valores como la tolerancia y la solidaridad. En el ámbito educativo, permite desarrollar propuestas más ambiciosas que enfrenten el racismo y el eurocentrismo. Por ello, la educación intercultural busca fomentar proyectos pluriversales que valoren la sabiduría, la cultura y la cosmovisión de todos los pueblos del Sur (Oviedo, 2019).

El legado de monseñor Proaño también invita a la reflexión y a la acción en el contexto actual. Su mensaje resalta la necesidad urgente

de seguir trabajando en favor de los desposeídos. Plantea una visión que trasciende la simple identificación con los marginados, instando a acciones concretas que permitan diseñar planes coherentes y sostenibles en los ámbitos económico, social y cultural (Arteño *et al.*, 2019).

Profundización

Para reflexionar sobre el compromiso cristiano con la justicia social y la dignidad de los pueblos, se sugiere revisar los siguientes materiales. El video *El legado de Monseñor Leonidas Proaño: Historias de participación* recoge testimonios que muestran su entrega a las comunidades indígenas y su lucha por una Iglesia comprometida con los más pobres. Disponible en <https://acortar.link/uWWj13/>

Como complemento, la lectura *Leonidas Proaño: profeta y obispo de los indígenas* (<https://acortar.link/aeGxDr/>) ofrece un recorrido por su vida, pensamiento y profética voz en favor de los derechos humanos.

Padre Carlos Crespi: un salesiano para los pobres

Carlos Crespi Croci (1891-1982) nació en Legnano, Italia, y falleció en Cuenca, Ecuador. Fue un hombre de fe y acción, miembro de la orden salesiana fundada por san Juan Bosco. Desde su infancia mostró un profundo interés por la religión y la educación, formándose en los valores de la fe, la solidaridad y la justicia social (Álvarez Rodas, 2015).

Tras su ordenación sacerdotal en 1914, Crespi se dedicó a la educación de los jóvenes. Fundó escuelas y oratorios en Italia y Ecuador, promoviendo los derechos de los pueblos indígenas. Fue también un defensor de la interculturalidad y de una educación liberadora, convencido de que la educación era una herramienta fundamental para el desarrollo de los pueblos (Álvarez Rodas, 2015).

Crespi desempeñó un papel destacado como impulsor y defensor de la cultura. Por un lado, destacó eficazmente las misiones salesianas del Oriente mediante conferencias, exposiciones museográficas —tanto a nivel nacional como internacional— y escritos de difusión. Por otro lado, se aseguró de que la labor cultural proporcionara acceso a recursos fundamentales para sostener la misión en su período más delicado, específicamente entre las décadas de 1920 y 1940 (Álvarez Rodas, 2015).

Además, supo utilizar la cultura para generar recursos económicos en beneficio de las misiones. Fundó el Museo Salesiano de Cuenca, que se convirtió en una importante atracción turística. También organizó exposiciones itinerantes que recorrieron el mundo, recaudando fondos para apoyar la obra misionera (Álvarez Rodas, 2015).

El padre Crespi es un referente fundamental en el mundo salesiano. Hombre de múltiples talentos, desarrolló una ardua labor humanística desde la educación, armonizándola con la ciencia y el arte. Durante décadas, se dedicó a la formación y al acompañamiento de los niños y jóvenes más desfavorecidos de Cuenca, brindando bienestar a todos sin excepción (Álvarez Rodas, 2015).

Su figura guarda similitudes con la de san Juan Bosco, especialmente en su enfoque educativo y su apoyo a los jóvenes más necesitados. Los métodos del padre Crespi continúan generando un impacto positivo, influyendo en la formación de jóvenes comprometidos con la responsabilidad, el desarrollo personal y el amor a Dios y al prójimo (Álvarez Rodas, 2015).

El Siervo de Dios, padre Carlos Crespi, es recordado en Cuenca por su entrega incondicional al servicio del prójimo, su espíritu de sacrificio y su fortaleza ante las adversidades. Su carácter bondadoso, su amabilidad y su inquebrantable optimismo dejaron una huella profunda en quienes lo conocieron. Desde el inicio hasta el final de su vida, fue un verdadero pastor, guiando a los niños y jóvenes más vulnerables hacia una educación sólida y una vida plena. Su legado perdura en las obras educativas y sociales que fundó, como el Instituto Cornelio Merchán, el Oratorio Salesiano y el Teatro Salesiano (Álvarez Rodas, 2015).

Su cercanía a Dios en la oración y su devoción a María Auxiliadora fueron la fuente de su energía pastoral. En las muchas pruebas que enfrentó, como el gran incendio del 19 de julio de 1962, confió en Dios y en su Providencia. El padre Crespi fue un hombre de Dios que vivió su fe de manera auténtica. Su ejemplo sigue inspirando a quienes conocen su obra (Álvarez Rodas, 2015).

La vida del padre Carlos Crespi estuvo marcada por una entrega absoluta a los más necesitados de Cuenca. Su bondad y amor al prójimo le valieron el reconocimiento como el “Apóstol de los pobres”. Siempre caminaba con una sonrisa, brindando ayuda desinteresada a todos. Su ejemplo sigue motivando a muchos a actuar con justicia, prudencia y solidaridad (Álvarez Rodas, 2015).

En reconocimiento a su fama de santidad, en 2007 se inició en Cuenca el proceso de su causa, cuya validez fue confirmada en 2010 por el Dicasterio para las Causas de los Santos. Tras un análisis posterior, en 2023 la Iglesia lo declaró Venerable, destacando la heroicidad de sus virtudes.

Profundización

Para conocer el testimonio de un salesiano profundamente entregado a los más necesitados, se recomienda explorar los siguientes recursos. El video *P. Carlos Crespi, el apóstol de los pobres* presenta su incansable labor pastoral, educativa y solidaria en Cuenca, Ecuador. Disponible en <https://acortar.link/ayBy3n/>

La lectura *Crespi Croci, Carlos* (<https://acortar.link/21L3ob>) complementa esta visión con una biografía concisa que destaca su fe, compromiso social y legado humano.

GLOSARIO 4

Términos técnicos con sus respectivas definiciones

- **Buen Pastor:** Jesús representa el paradigma ideal del Buen Pastor, acercándose a los pobres con amor, comprensión y respeto. En sintonía con el enfoque educativo de Don Bosco, el educador salesiano encarna esta figura, comprometiéndose a acompañar a los jóvenes, especialmente a los más vulnerables. La inspiración en el Buen Pastor no solo orienta, sino que también otorga una dimensión trascendental al carisma salesiano. La aplicación del Sistema Preventivo fortalece una pedagogía centrada en la alteridad y el cuidado de sí. Al salir al encuentro de la juventud desfavorecida, se realiza un acto de caridad que, además de transformar vidas, reafirma el valor intrínseco de cada persona en la sociedad.
- **Compromiso personal:** apostar por la construcción de un mundo más justo desde los valores cristianos es una responsabilidad ineludible. El apóstol san Pablo sostiene que la patria definitiva de los cristianos está en el cielo, pero esto no implica una espera pasiva. Al contrario, exige un compromiso activo con la justicia y la solidaridad, pues esa es la voluntad de Dios. Su exhortación parte de la certeza de que la humanidad, aunque

arraigada en la tierra, está llamada a trascender hacia lo infinito y la eternidad. Como criaturas de Dios, nuestra vocación es alcanzar la vida plena en Él. Este compromiso se expresa en la búsqueda de la paz y la justicia, la protección del medioambiente, la solidaridad con los más necesitados y la construcción de una sociedad más equitativa.

- **Hijas de María Auxiliadora (FMA):** las FMA son las Hijas de María Auxiliadora. San Juan Bosco eligió este nombre para expresar su gratitud a la Virgen María, quien lo inspiró a fundar esta nueva familia religiosa. María Mazzarello fue nombrada cofundadora y asumió la responsabilidad de desarrollar el Sistema Preventivo en esta institución femenina. Las FMA son mujeres consagradas que viven en comunidad y trabajan con niños, niñas y jóvenes. Su misión es testimoniar en el mundo el amor apasionado por Jesús. Se inspiran en María Auxiliadora, quien es para ellas modelo de fe, esperanza y caridad. Su objetivo es ser “auxiliadoras”, sobre todo de las jóvenes, como María Auxiliadora lo fue para la Iglesia. Viven su misión educativa con sencillez y gozo, y también se dedican a la labor misionera, tanto en su patria como en otros países.
- **Interculturalidad:** proceso de diálogo y respeto entre personas o grupos de distintas culturas. Se fundamenta en el reconocimiento de la diversidad cultural y lingüística, promoviendo una convivencia basada en la equidad y el entendimiento mutuo. Desde esta perspectiva, la filosofía del Buen Vivir propone un modelo alternativo de sociedad sustentado en la armonía entre la naturaleza y la comunidad humana. Sus valores fundamentales incluyen la tolerancia, la solidaridad y el respeto a la diversidad. En el ámbito educativo, la interculturalidad busca impulsar proyectos pluriversales que valoren la sabiduría, la cultura y la cosmovisión de los pueblos del sur. También es una herramienta clave para enfrentar el racismo y el eurocentrismo, al promover el reconocimiento y la valoración de todas las culturas.
- **Iglesia y jóvenes:** la Iglesia reconoce en los jóvenes una capacidad única para superar divisiones y contribuir a la construcción de un mundo más justo y pacífico. Su apertura, tolerancia y creatividad les permiten mirar la realidad con una perspectiva renovada, derribando prejuicios y promoviendo la unidad. La Iglesia confía en que los jóvenes pueden ser protagonistas del ecumenismo y del diálogo interreligioso,

tareas urgentes en un mundo donde las diferencias religiosas generan conflictos. Su papel es clave para tender puentes entre tradiciones de fe y fomentar el entendimiento mutuo. Su energía, creatividad e idealismo son fuerzas transformadoras. Por ello, la Iglesia se compromete a apoyarlos mediante educación, formación y oportunidades de servicio, acompañándolos en su misión de cambiar el mundo.

- **Oratorio:** el Oratorio de Valdocco, reflejado en su práctica pastoral, se concibe como un espacio donde convergen todas las acciones fundamentales de los salesianos. Se configura como un entorno educativo con profunda dimensión misionera y evangelizadora. Más que un lugar, el oratorio representa un método pedagógico que promueve la convivencia y el sentido de comunidad, convirtiéndose en un estilo de vida distintivo dentro del Sistema Preventivo. Desde sus inicios, la intención de Don Bosco fue brindar asistencia y educación a los jóvenes más necesitados. El oratorio fue un espacio de acogida, pero también una parroquia que evangeliza, una escuela que prepara para la vida y un lugar donde los jóvenes podían reunirse como amigos y compartir momentos de alegría.
- **Salesiano:** el término proviene de san Francisco de Sales, un santo muy venerado en el norte de Italia, donde nació Don Bosco. Inspirado por su gran humanidad, Don Bosco lo eligió patrón de su Sociedad y animó a sus colaboradores a reflejar sus valores. Ser salesiano de Don Bosco significa asumir la vocación de educador cristiano, comprometido con la formación integral de los jóvenes, especialmente de aquellos en situación de pobreza o vulnerabilidad. La misión salesiana se fundamenta en el Sistema Preventivo, basado en el amor, la razón y la religión. A través de esta pedagogía, los salesianos buscan acompañar y guiar a los jóvenes en su desarrollo personal y espiritual. Viven su consagración religiosa en comunidad, compartiendo la vida y el trabajo, especialmente en escuelas, centros juveniles, parroquias y misiones.
- **Servicio de la sociedad:** contribuir a la construcción de un mundo más humanista es una tarea esencial que empieza por cada uno de nosotros. Podemos transformar nuestro entorno viviendo de acuerdo con los valores que consideramos fundamentales. Actuar con justicia, compasión y respeto hacia los demás implica trabajar por la paz, la

justicia y la protección del medioambiente. Ser solidarios con los más necesitados y promover una sociedad más equitativa son expresiones concretas de este compromiso. Nuestro testimonio también puede inspirar a otros a involucrarse activamente en la sociedad. Compartir nuestras ideas y acciones, hablar sobre las causas que nos preocupan y participar en organizaciones que trabajan por el bien común, fortalece el compromiso colectivo. Servir a la sociedad es un desafío, pero también una fuente de realización personal.

- **Sistema preventivo:** representa un enfoque epistemológico y metodológico esencial para la práctica evangelizadora, fundamentado en tres pilares: razón, religión y amor. La razón combina normas, flexibilidad y habilidades persuasivas. La religión es percibida como una necesidad intrínseca de creer en Dios, transformándose en una fuente constante de inspiración a través de la fe. El amor se configura como un afecto educativo que promueve el crecimiento personal y genera vínculos significativos. Este componente amoroso actúa como una fuerza liberadora que une a todos en un propósito común.
- **Sueño de los 9 años:** a los nueve años, Don Bosco tuvo un sueño revelador que marcaría el rumbo de su vida. En él se encontró en un amplio espacio donde niños jugaban, algunos riendo y otros blasfemando. Al intentar intervenir, apareció un hombre de aspecto venerable, Jesús, vestido con un manto blanco resplandeciente, quien le encomendó la misión de guiar y educar a esos niños con mansedumbre y caridad. Aunque al principio se sintió incapaz de asumir semejante tarea, terminó aceptando el desafío. Luego, se le presentó una mujer majestuosa, la Virgen María, quien le mostró un campo lleno de animales salvajes y le indicó que aquel sería su campo de trabajo. Le pidió ser humilde y fuerte, asegurándole que con el tiempo comprendería plenamente su misión. Estas palabras quedaron grabadas en el corazón de Don Bosco y dieron sentido a su vocación pastoral.
- **Vida como vocación:** desde el momento de su creación, el ser humano está llamado a vivir en relación con Dios, a descubrir su imagen y semejanza en la creación, y a poner sus manos laboriosas al servicio del mundo. Esta vocación se manifiesta en la libertad del amor: Dios llama, pero nos deja libres para responder. Cada persona debe

descubrir su propio camino, su vocación, aquello para lo que ha sido creada. La vocación es un don, pero también una responsabilidad. Es un don porque nos abre a la vida plena, a la felicidad y al amor. Es una responsabilidad porque exige responder con autenticidad a ese llamado. Puede manifestarse en diversos ámbitos: vocación religiosa, profesional, familiar o social.